

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1991



ARCHIVO  
HISPALENSE



REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1901



Publicaciones de la  
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA  
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPALENSE  
REVISTA  
HISTORICA, LITERARIA  
Y ARTISTICA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 1958. I.S.S.N. 0210-4067

---

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - SEVILLA



# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA  
1991



TOMO LXXXIV  
NÚM. 225

SEVILLA, 1991

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA  
2ª ÉPOCA

1991

ENERO-ABRIL

Número 225

Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

## CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M<sup>º</sup> DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1

TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 Y 422 87 31

41071 SEVILLA (ESPAÑA)

## SUMARIO

### ARTÍCULOS

Páginas

#### HISTORIA

- KRAUEL HEREDIA, Blanca: *Aventuras y desventuras de un prisionero de guerra inglés en Arcos de la Frontera (1780)* ..... 3
- AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Alonso María Acevedo, un sevillano ilustre del siglo XVIII* ..... 39
- WAGNER, Klaus: *Hernando Colón en Italia* ..... 51
- PÉREZ BLANCO, José: *Notas económicas de la postguerra civil española (I) 1940-41* ..... 63

#### LITERATURA

- COMELLAS, Mercedes: *Un manuscrito sevillano desconocido de «La Cueva de Meliso». Diálogo satírico contra el Conde-duque de Olivares* ..... 71
- UTRERA, M<sup>a</sup> Victoria: *La estructura temporal de «La realidad y el deseo» en «Como quien espera el alba»* ..... 120
- GARAU AMENGUAL, Jaime: *La poesía solemne de Gabriel Álvarez de Toledo* ..... 147
- GONZÁLEZ ANTON, Francisco J. y ISAAC MARTÍNEZ, Mercedes: *La imprenta andaluza decisiva en la Historia del libro en Canarias* ..... 181

#### ARTE

- HERRERA GARCÍA, Francisco J.: *La torre parroquial de Lebrija. Proceso constructivo y autores* ..... 193

HERNANDO CORTÉS, Carlos: <i>Datos documentales sobre artistas sevillanos del siglo XIX</i> .....	221
--	-----

**MISCELANEA**

CALVO GONZÁLEZ, José: <i>Notas sobre literatura jurídica y juristas sevillanos del siglo XVII: Juan de Ayllón Laynez</i> .....	233
--	-----

**LIBROS**

<b>Temas sevillanos en la prensa local</b> .....	241
--	-----

**Crítica de libros**

CERNUDA, Luis: <i>La familia interrumpida</i> . Miguel Cruz Giráldez .....	253
GARCÍA OLLOQUI, M <sup>a</sup> Victoria: <i>La iconografía en la obra de la Roldana</i> . José Hernández Díaz .....	256
GONZÁLEZ, Julián (Ed.): <i>Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva</i> . G. Carrasco Serrano .....	257

# AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN PRISIONERO DE GUERRA INGLÉS EN ARCOS DE LA FRONTERA (1780)

## HISTORIA

Introducción

A comienzos de 1789 se publica en Londres la obra *Prizner through y vnao Prvncias y Spais and Parnoi* de Richard Croker, que fuera capitán del regimiento de Infantería n.º 79.ª LI. En ella se recogen las experiencias registradas en un diario redactado en 1780 con motivo de la estancia del autor en ciertas endanzas por espacio de tres meses y que, según sostiene el propio autor, decide publicar diez páginas futuras lo más extraordinario que le había sucedido en su vida (1). En el número correspondiente a junio de 1798, *The Gentleman's Magazine* le dedica una reseña (mucho más elogiosa) en la que, entre otras cosas, subraya que los sucesos protagonizados por el citado capitán son muy interesantes y cada pequeño detalle referido en su diario proporciona al lector una impresión sencilla sobre España y el carácter de sus habitantes (2).

Hoy, para leer otro libro inglés de viajes por España, rara se trata de un libro diferente. La novedad o interés del mismo reside en las circunstancias que dieron pie al viaje en cuestión. Richard Croker se refiere a España por las malas noticias y, por tanto, con la intención de «ver cómo es el país

(1) Edición por J. Richard C. Payne y Ma. Teresa C. Park.

(2) El autor dedica la introducción de su obra a los señores editores de *The Gentleman's Magazine*.

(3) *The Gentleman's Magazine*, febrero de 1798, vol. 68, págs. 169 y 170 por: «The Gentleman's Magazine» edición por Ma. Teresa C. Park y J. Richard C. Payne y Ma. Teresa C. Park, *The Gentleman's Magazine*, febrero de 1798, vol. 68, págs. 169 y 170.





## AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN PRISIONERO DE GUERRA INGLÉS EN ARCOS DE LA FRONTERA (1780)

### Introducción

A comienzos de 1799 se publica en Londres la obra *Travels through several Provinces of Spain and Portugal* de Richard Croker, que fuera capitán del regimiento de Infantería nº 99 (1). En ella se recogen las experiencias registradas en un diario redactado en 1780 con motivo de la estancia del autor en tierras andaluzas por espacio de tres meses y que, según confiesa en el preámbulo, decide publicar ahora porque reflejan lo más extraordinario que le había sucedido en su vida (2). En el número correspondiente a julio de 1799, *The Gentleman's Magazine* le dedica una reseña francamente elogiosa y en la que, entre otras cosas, subraya que las aventuras protagonizadas por el citado capitán son muy interesantes y cada pequeño detalle recogido en su diario proporciona al lector una información genuina sobre España y el carácter de sus habitantes (3).

Henos, pues, ante otro libro inglés de viajes por España. Pero se trata de un libro diferente. La novedad e interés del mismo residen en las circunstancias que dieron pie al viaje en cuestión. Richard Croker no viene a España por iniciativa propia y, por tanto, con la intención de «descubrir» el país

---

(1) Editado por J. Robson, T. Payne y Mrs Cadell y Davis.

(2) El autor abriga la esperanza de que su lectura pueda servir de entretenimiento para una hora.

(3) *The Gentleman's Magazine* for the year 1799, vol LXIX (2nd part), 769 yss. Otra reseña de carácter similar aparece en *Monthly Magazine* según FARINELLI, A.: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*. Roma, 1942. II, pág. 351.



para luego contar lo que ha visto y oído. Nuestro capitán llega por accidente y en calidad de prisionero de guerra. Como tal desembarca en el Puerto de Santa María en agosto de 1780, siendo luego enviado a la villa gaditana de Arcos de la Frontera.

El objetivo de este trabajo consiste en comentar y analizar las aventuras de Croker mientras permaneció prisionero, haciendo hincapié en la visión que de Andalucía y lo andaluz extrajo durante su residencia forzada en Arcos. Los materiales para nuestro estudio figuran en las páginas de un diario elaborado a modo de correspondencia ficticia que dirige a un destinatario anónimo (4). Esta era una licencia literaria bastante frecuente en aquella época y que nos permite observar como el autor, que apenas sabía de España, se va forjando poco a poco una imagen peculiar de nuestro país, no exenta de prejuicios, pero que por su frescura e ingenuidad difiere bastante de la que nos proporcionan otros viajeros coetáneos que se pretenden más serios y concienzudos. La confrontación con un modelo cultural diferente provocará, incluso, situaciones de cierta comicidad, las cuales anticipan algunos rasgos típicos de los relatos de viajes de época romántica. De todos modos, debe tenerse en cuenta que las dos décadas transcurridas entre la realización del viaje y la edición del relato harán que el autor se sienta obligado a añadir nuevas consideraciones, las cuales no siempre se apoyan en su propia experiencia (5).

## 1.- EL AUTOR Y LAS CIRCUNSTANCIAS QUE LO TRAEN A ANDALUCÍA

Aunque pueda resultar sorprendente, el exhaustivo *Dictionary of National Biography* guarda silencio sobre la identidad de este Richard Croker. No obstante, algunas referencias dispersas en su narración nos animan a pensar que pudiera tratarse de un miembro de la *gentry* empobrecida del suroeste de Inglaterra(6) Sea como fuere, tampoco hay que conceder mayor importancia a esa laguna biográfica pues la gran aventura de su vida se ini-

---

(4) El relato aparece organizado en 25 cartas, de las que las cartas X-XXI, ambas inclusive, corresponden a la narración de su cautiverio en Andalucía.

(5) En el relato de Croker se perciben una serie de préstamos no siempre fáciles de identificar. De los viajeros británicos en general nos hemos ocupado en KRAUEL B.: *Viajeros británicos en Andalucía. De Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga, 1986.

(6) A poco de ser capturado se encuentra con un oficial francés al que había conocido en Cornwall. Más adelante, cuando quiere dar idea de las dimensiones de Jerez, la compara a Exeter. En otro lugar, refiriéndose a la blancura de la vivienda campesina andaluza, compara ésta con los *cottages* del sur de Gales.

cia al emprender un viaje con destino a Jamaica, pero que termina en Andalucía.

Al filo del 1780 la guerra entre Gran Bretaña y los rebeldes de sus colonias norteamericanas se había convertido ya en un conflicto a escala mundial. Francia se había alineado con los colonos en 1778 y al año siguiente lo harán España y Holanda. A partir de ese momento la marina británica deberá luchar por su supervivencia en todos los mares del globo, siendo entonces cuando se ponen de manifiesto los resultados desastrosos de la política del «premier» Lord North (1770-1782) que, preocupado por no aumentar los impuestos, había desatendido los gastos de mantenimiento de la armada real. Esta no podrá bloquear los puertos franceses e impedir el traslado de tropas galas al Nuevo Mundo obligada como estaba, al mismo tiempo, a pelear en el golfo de Bengala y a guardar las islas azucareras del Caribe, las cuales se convierten ahora en el escenario principal de la lucha con las potencias aliadas(7).

En este contexto, el gobierno británico organiza el despacho de una gruesa flota con mercancías, suministros y tropas para la India y las Antillas. La parte más jugosa del convoy va a estar integrada por media docena de cargueros de la *East India Company*, que navegarán hasta Madeira en la conserva de medio centenar de mercantes destinados a Jamaica y que transportan, aparte de suministros, un regimiento de infantería reclutado a expensas de los comerciantes y plantadores de aquella isla. Entre los mandos de esta unidad militar, el 99th de infantería, se encuentra el capitán Richard Croker. Su diario comienza, precisamente, en vísperas de la salida del convoy.

La primera carta está firmada a 5 de julio de 1780 en los cuarteles de Hilsea, cercanos a Portsmouth, que albergaban al regimiento. De su lectura se desprende que Croker arde en deseos de iniciar el viaje a tierras exóticas. Entre otros motivos, porque

«no tenemos motivos para lamentar nuestra partida de los cuarteles de Hilsea, que son lugares insalubres y carentes de comodidades o bienestar alguno... En ninguna otra parte de Inglaterra me he visto en situación tan desagradable»(8).

---

(7) BARNETT, C.: *Britain and her Army, 1509-1970*. Harmondsworth, 1974, pág. 222.

(8) *Travels through several Provinces*, pág. 3. La fama de los Hilsea-Barracks viene de antiguo. Edward Gibbon residió en ellos durante su período de servicio en la milicia territorial y los describe como un «cuadrado de casuchas bajas y mal construídas, emplazadas en un sitio húmedo y triste. En este lugar insalubre perdimos a muchos hombres a causa de las fiebres y de la viruela». Cf. *Memoires of my life*. Harmondsworth, 1984, pág. 125.

Al día siguiente, la compañía cuyo mando ostenta, embarca en el mercante «Morant», un navío amplio, cómodo y bien surtido de provisiones y licores. Aunque esperaban zarpar de inmediato, la salida del convoy se retrasa hasta el 27 de julio. Mientras tanto, Croker mata el aburrimiento visitando la isla de Whight o realizando ejercicios físicos con vistas a soportar mejor el clima tropical, que teme sea muy duro (9).

Las cartas II y III recogen los escasos incidentes de la primera parte de la travesía. El 29 de julio la flota se encuentra a la altura de Plymouth, donde cogen buen viento para navegar hacia el sur. No obstante, el convoy tendrá que detenerse al término de cada jornada, al anochecer, para esperar a los cargueros de la *East India Company*, que por su tamaño y lentitud solían quedarse rezagados. A la altura de Finisterre se retiran los buques de guerra que hasta entonces les habían protegido, quedando el convoy bajo la custodia de un número exiguo de fragatas. Pero no es esto lo que inquieta a nuestro capitán sino el gradual aumento de las temperaturas, que amenaza con corromper las provisiones. La dureza del clima tropical es lo que obsesiona a Croker y le impulsa a emborronar páginas del diario sobre este particular (10).

Lo que prometía ser un viaje placentero deja de serlo a partir de la carta V, de 12 de agosto, firmada a bordo del navío de línea francés «Bourgogne». ¿Qué ha sucedido? En la madrugada del día 9 el convoy había caído en una emboscada tendida por una fuerte escuadra hispano-francesa. Los oficiales británicos que viajaban en el «Morant» son transbordados al citado navío francés y con ellos marcha Richard Croker, no sin antes vestir su mejor uniforme. En el «Bourgogne» vuelve a encontrarse con un M. Pinnoteau, marino y *Gran Tour Man*, al que conociera años antes en Cornualles. Esto le ayudará a encajar su nueva situación, no tardando en compartir la mesa con la oficialidad del «Bourgogne» y su capellán, un clérigo que por su apariencia le recuerda al padre Paul, conocido personaje de *The Duenna* (11). De boca de sus nuevos anfitriones conoce la suerte corrida por el convoy, de la que sólo han podido escapar las fragatas de escolta pese a haber sido perseguidas

---

(9) Véase la carta II del diario.

(10) Desde su punto de vista, la Providencia ha creado a los seres animales y humanos de acuerdo con el clima en el que han de vivir, pero el hombre, con sus andanzas, se empeña en contradecirla. Cf. *Travels*, pág. 17.

(11) *Op. cit.*, pág. 28 en particular. Croker se refiere a la conocida ópera cómica de tema español que Richard . Sheridan estrenara en el Convent Garden en noviembre de 1775. De su éxito dan fe las 75 representaciones sucesivas de que fue objeto. El padre Paul aparece en el acto III, escena V, bebiendo en compañía de otros frailes del convento y brindando por la belleza de ciertas monjas.

por navíos españoles de la misma clase. Este episodio, que para Croker revela la escasa simpatía que se tenían los aliados, a caso le impide tomar conciencia de la gravedad de lo ocurrido(12). Mientras que las presas son despachadas a Cádiz, el capitán Croker permanece a bordo del «Bourgogne», que, junto con el resto de la flota combinada, va a patrullar las aguas próximas al cabo de San Vicente durante varias semanas. Las cartas VI a VIII del diario muestran a nuestro capitán jugando interminables partidas de cartas con los oficiales franceses y, por lo que da a entender, con resultados bastantes positivos para su bolsa.

Falta de víveres, tras haber apresado a dos bergantines que navegaban hacia Gibraltar la escuadra aliada pone rumbo a Cádiz, en cuya bahía entran la mañana del 29 de agosto. Lo primero que contemplan los ojos de Croker son los restos de dos navíos de línea españoles que se habían perdido en un encuentro anterior con la flota británica (13). Pobre consuelo para un «viajero» que, al igual que sus compañeros, se siente ahora inquieto y deseoso por conocer el destino que les espera. En este sentido, no tarda en saber que el conde O'Reilly, gobernador de Cádiz, ha prohibido que los británicos sean desembarcados en esta plaza. A partir de entonces circulan todo tipo de rumores entre los mismos: mientras que algunos creen que van a ser repatriados de inmediato otros abrigan la esperanza de ser enviados a Gibraltar, bajo palabra de no volver a empuñar las armas en el resto de la guerra. Pero Croker se muestra escéptico a este respecto, pues duda que el gobernador de la Roca esté dispuesto a recibirlos en condiciones semejantes: de nada sirven brazos ociosos o inútiles en una guarnición sitiada (14). A la espera de noticias más fidedignas, nuestro capitán toma contacto con los oficiales del regimiento retenidos a bordo de otros navíos y por ellos comprueba que el comportamiento de sus captores, españoles y franceses, ha sido irreprochable; en especial, el de los españoles con las esposas de algunos oficiales británicos que también viajaban en el convoy. Por eso no presta crédito a lo

---

(12) La tristeza que se apoderó del Lloyd's londinense contrasta con la alegría de los habitantes de Cádiz al ver llegar tan rica presa: medio centenar de barcos, tres mil prisioneros entre marinos y soldados, y un botín estimado en 150 millones de *pesos duros*. Según parece, el éxito de la operación se debió a los informes de los espías que Floridablanca mantenía en el Reino Unido. Cf. BIGLAND, J.: *The History of Spain from the Earliest Period to the close of the year 1809*. London, 1810. II, pág. 422; también, *Historia General de España por el P. Mariana, la continuación de Miñana y el complemento hasta 1848 por Ortiz de la Vega*. Madrid, s.a.págs. 900 y 901.

(13) Los almirantes Rodney y Lángara se habían enfrentado en aguas de San Vicente en enero de aquel mismo año. La batalla terminó con la captura de buen número de navíos españoles y sus tripulaciones, incluyendo al propio Lángara.

(14) *Travels through several Provinces*, pág. 61.



que le advierten los marinos del «Bourgogne»: que en caso de pasar a manos de los españoles debe esperar un trato peor, corriendo el riesgo, incluso, de que le roben sus armas y equipajes(15).

La carta concluye con la noticia de que O'Reilly había dispuesto finalmente que fueran desembarcados en el Puerto de santa María. En este sentido, escribe:

«La perspectiva de un escenario distinto nos ha infundido nuevos ánimos y esperanzas, de manera que, a pesar de haber sido bien tratados a bordo del Bourgogne», abandonaremos el barco sin desgana alguna. Lamento, sin embargo, que el malhumor del conde O'Reilly me impida ofreceros una descripción de Cádiz. Pero, en las actuales circunstancias no podemos hacer lo que queremos» (16).

## II. UNOS PRISIONEROS DE GUERRA MUY PARTICULARES

La carta X del diario de Richard Croker, que éste concluye en Arcos el 8 de septiembre, narra las aventuras del grupo de prisioneros británicos a partir del momento en que pisan suelo español. Los oficiales del 99th habían desembarcado la mañana del 31 de agosto para, acto seguido, ser congregados en una posada a donde acude el mayor Butler, un oficial de dragones que era sobrino y ayudante de campo de O'Reilly, para recibir *la parole* de los prisioneros. Según Croker,

---

(15) *Op. cit.*, págs. 63-65.

(16) *Op. cit.*, págs. 66 y 67. Alejandro O'Reilly (1725-1794) era un irlandés que hizo carrera al servicio de la monarquía española. Protegido de Carlos III, por las fechas en que Croker llega a España ostentaba los cargos de Capitán General de Andalucía y gobernador de Cádiz, ciudad a la que favoreció con diferentes reformas urbanas, saneamiento y buena policía. Una semblanza de su vida la ofrece Jovellanos en su diario, en la entrada correspondiente al 1 de abril de 1794, el mismo día en que el correo le trajo la noticia de la muerte del irlandés. Cf. JOVELLANOS, M.G.: *Diarios*. Ed. J. Somoza (Oviedo, 1953), I, pág. 408-410. Más de un viajero coetáneo lo menciona a su paso por Andalucía. El reverendo Townsend destaca la deuda que Cádiz tiene contraída con este gobernador (*A Journey through Spain in the years 1786 and 1787...* London<sup>3</sup>, 1814. II, pág. 106), mientras que el coronel Keatinge le atribuye el haber prohibido las exhibiciones públicas de fandangos para evitar desórdenes (*Travels through France and Spain to Morocco...*, London, 1817. II, pág. 57). Por su parte, Henry Swinburne llegó a tratarlo personalmente: lo presenta como un hombre inteligente, enérgico y severo, con una gran cultura libresca y que gustaba de ridiculizar a sus subordinados. Cf. *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. London<sup>2</sup>, 1787. II, págs. 9-11

«todo parecía transcurrir en un ambiente cordial cuando se descubrió, por desgracia, que habían colocado un centinela ante la puerta de la posada. Esta violación del protocolo militar fue interpretada como una ofensa y vuestro amigo, el capitán M., fue el primero en manifestar que no comprometería su palabra a menos que el centinela fuera retirado y se presentaran excusas. Pero este mayor Butler, que tan condescendiente se había mostrado en otras cuestiones, no parecía dispuesto a acceder a esto, de manera que no veíamos otra salida honrosa que la de ser enviados todos a prisión. No obstante, y tras haber discutido algún rato, el mayor Butler admitió que se había colocado el centinela con el único propósito de impedir el acceso de curiosos a la posada. Esto fue aceptado como una excusa más que suficiente, se firmaron los compromisos, el centinela fue retirado y se dio el asunto por zanjado» (17).

Esta prueba de fuerza entre los cautivos y el emisario del gobernador O'Reilly sólo puede ser entendida en el contexto de la mentalidad militar de la época; dentro de lo que se ha convenido en llamar «guerra de los encajes», donde los oficiales y jefes de los distintos ejércitos europeos se veían a sí mismos como una casta aparte y miembros de una hermandad que transcendía las fronteras nacionales. El código de honor vigente en la oficialidad establecía que la libertad bajo palabra debía ir acompañada de privilegios tales como el derecho a conservar las armas y a moverse libremente dentro de ciertos límites, a cambio de renunciar a la fuga o a rebelarse contra el enemigo (18). De semejante trato quedaba excluida la clase de tropa, mal considerada en todos los ejércitos dieciochescos anteriores a la Revolución Francesa (19). No obstante, las pautas de comportamiento variaban de un ejército a otro y algo de esto sale a relucir en la posada del Puerto de Santa María, cuando Butler se niega a aceptar el compromiso del cirujano del regimiento, que figuraba en el grupo. Como señala Croker,

«...en el ejército español no se considera al cirujano militar con el mismo rango de un caballero, razón por la que su *parole* no podía ser aceptada. Esto supuso un duro golpe

---

(17) *Travels through several Provinces*, págs. 70-72.

(18) CAILLOIS, R.: *La cuesta de la guerra*. México, 1972, págs. 86-94.

(19) Es significativo que Croker silencie lo sucedido con los soldados de su regimiento. Será al final de su relato, cuando está a punto de salir de España, cuando indique que habían sido llevados a Ecija y Córdoba.

para el orgullo de un *Bretón del Norte* que poseía el título de Doctor en Medicina» (20).

Finalmente, el mayor Butler acepta tratar al médico con los mismos criterios que al resto de los oficiales. Del texto se deduce, por cierto, que el cirujano era escocés, si bien no está claro con qué intención emplea Croker la expresión *North Briton* (Bretón del Norte), que ya tenía por entonces un contenido peyorativo: en su diario utiliza el adjetivo «británico» cuando se refiere al ejército o la marina de su país, mientras que habla de «ingleses» cuando se refiere a su persona o a sus compañeros; así pues, no sería extraño que quisiera burlarse del cirujano (21).

Los británicos van a permanecer en el Puerto de Santa María la jornada del 1 de septiembre, domingo, lo cual les permite presenciar una corrida de toros —tema sobre el que volveremos luego— y tomar contacto con la sociedad local que, a partir de las seis de la tarde, acostumbraba a pasear en la alameda sita a orillas del Guadalete (22). Al día siguiente emprenden el viaje a Arcos, vía Jerez y bajo la custodia del alférez Malony, otro oficial irlandés, que actúa como guía e intérprete del grupo (23).

No le va a resultar fácil cumplir con su cometido. A estas alturas los prisioneros británicos ya están experimentando los efectos del choque cultural por la parte más sensible, sus estómagos. El capitán Croker, que venía quejándose de la escasa calidad de las comidas que les habían ofrecido en el Puerto, cuenta que en cierta posada jerezana a donde los conduce Malony les presentaron un cuenco de pan aguado con algunos huesos hervidos de origen desconocido. El irlandés no tarda en ser llamado al orden por un grupo de comensales furiosos y se defiende invocando la diferencia de costumbres entre España y el Reino Unido, aunque luego haga todo lo posible para que

(20) *Travels through several Provinces*, pág. 72.

(21) La expresión *North Briton* se utiliza a partir de la unión parlamentaria de 1707 para designar a los escoceses, pero éstos no la aceptarán nunca al no encontrar correspondencia: los ingleses jamás se definirían a sí mismos como *South Britons*. Su contenido peyorativo se extiende desde 1761, cuando la emplea John Wilkes para bautizar un periódico de corta vida y destinado a combatir la política del «premier» Lord Bute, que era escocés. Cf. PREBBLE, J.: *The Lion in de North Hardsmonworth*, 1973, pág. 289 y nota 1.

(22) Este paseo público había sido construido por O'Reilly, que lo adorna con flores, naranjos y «con comodidad de asientos, que es una delicia». Cf. PONZ, A.: *Viaje de España*. Madrid, 1989. Vol 5, pág. 723.

(23) Butler, Malony... El lector debe tener en cuenta que los Borbones mantenían en su ejército tres regimientos —Irlanda, Hibernia y Ultonia (Ulster)—, cuyos suboficiales, oficiales y jefes eran, todos ellos, católicos irlandeses. El propio O'Reilly había iniciado su carrera como subteniente en el regimiento de Hibernia.



el posadero les sirva algo más sustancioso y además, regado con *sherry* (24). El nuevo menú satisface a todos, pero beben vino en grandes cantidades y terminan pasándolo muy bien. Hasta el punto de que olvidan la situación en la que se encontraban y, creyéndose en una *tavern* londinense, terminan pidiendo la factura de lo que habían consumido y, a su recepción, acaban protagonizando un nuevo alboroto. Según parece, la cuenta ascendía a 500 reales, cifra que les parece excesiva y, en consecuencia, acusan al irlandés de haberse puesto de acuerdo con el posadero para estafarlos. La calma se restablece una vez que obtienen un fuerte descuento sobre la suma inicial.

El incidente en cuestión fue provocado por la borrachera tan colosal que habían cogido los oficiales británicos. No sin cierta vergüenza, Croker confiesa seguidamente:

«... hemos descubierto posteriormente que, al no estar familiarizados con el sistema de cómputo y ser demasiado *prudentes* para preguntar en aquella ocasión, pagamos reales de plata por reales de vellón; es decir, abonamos mucho más de lo que nos pedían. También me han informado que no se esperaba de nosotros que pagáramos ninguno de los gastos del viaje. Pero, como cierto caballero ha observado acertadamente, sabremos mejor como comportarnos la próxima vez que nos capturen»(25).

Dadas las circunstancias de que venimos hablando no es de extrañar que Croker careciera de tiempo para echar una ojeada a la ciudad de Jerez, si bien señala que sus calles, amplias y sin pavimentar, estaban llenas de polvo a causa del calor y de la sequía.

Los británicos habían llegado a Jerez en seis robustos carruajes, pero a la hora de reemprender el camino, como la ruta a seguir no admitía vehículos de ruedas, lo harán cabalgando sobre mulas. El calor, la lentitud de la marcha y los efectos de la borrachera harán que los oficiales más jóvenes pierdan la paciencia y comiencen a espolear sus bestias, desoyendo los gritos y advertencias de su guías españoles, que en vano se esfuerzan por alcanzar a los fuggitivos(26).

—oOo—

---

(24) *Travels through several Provinces*, pág. 83.

(25) *Op. cit.*, pág. 84 y 85. Y añade que el real de vellón equivale a 2,5 peniques ingleses.

(26) *Op. cit.*, pág. 87.

La carta XI está dedicada por entero a describir las condiciones materiales en las que se va a desarrollar la vida de los británicos en Arcos de la Frontera. Para fortuna de Croker y los suyos, cuando llegan a ésta son acogidos por aquellos compatriotas que, al ser apresado el convoy, habían permanecido al cuidado de las mujeres, esposas o familiares de algunos de los oficiales del regimiento. Los prisioneros se van a alojar en las mejores casas del lugar, cuyos propietarios ya habían sido advertidos de que debían proporcionar alojamiento, leña y agua a los británicos sin esperar retribución alguna(27). *Gratis* es la primera palabra castellana que aparece en el diario de nuestro capitán, que se aloja en la casa de *Don Christophoro Rittomallos* (sic) a pesar de que la esposa de éste, que había solicitado la presencia de un capitán, no termina de aceptar que Croker lo sea pues, según le dice el intérprete, los oficiales españoles de igual graduación solían ser más gordos y llevaban los dedos cubiertos de anillos(28).

En opinión de Croker, el conde O'Reilly había escogido Arcos como lugar de reclusión para los británicos al encontrarse apartado de las rutas más frecuentadas y carecer de *taverns*, salones de café y cualquier otro lugar público de diversión. De esta manera, confiaba en que los oficiales prisioneros no tuvieran oportunidad de «perjudicarse a sí mismos» por sus extravagancias. Razón no le faltaba. Lo cierto es que Arcos de la Frontera será el peculiar «campo de concentración» donde van a permanecer durante un trimestre un centenar aproximado de británicos, incluyendo algunas mujeres, sirvientes y cadetes. El teniente coronel jefe del regimiento se aloja en la mejor casa de la villa, propiedad del coronel Espinosa, militar retirado, siendo aquí donde va a estar la cocina y comedor de todo el grupo. Los oficiales prisioneros establecen un turno para encargarse semanalmente de la intendencia mientras que las tareas culinarias recaen en los respectivos asistentes. En materia de menaje van a encontrar ciertas dificultades pues, según indica Croker, en la cocina del coronel Espinosa sólo había una cazuela de uso múltiple. Tampoco van a encontrar platos, vasos, cubiertos y tazas, de manera que se arreglan como pueden con lo que llevaba en su equipaje un oficial del regimiento que había pensado instalarse en Jamaica al término de la campaña(29).

Richard Croker debió ser uno de los primeros en asumir las funciones de intendente y es posible que repitiera más adelante, pues muestra una gran preocupación por los víveres que podían adquirirse en Arcos; un tema sobre

---

(27) *Op. cit.*, pág. 92.

(28) *Op. cit.*, pág. 93.

(29) *Op. cit.*, págs. 95-97.

el que volverá una y otra vez en las páginas de su diario. En un primer momento, escribe al respecto:

«La carne de vacuno es del color de la caoba, aunque no tan dura; pero como el buey no tiene otro alimento que paja y cebada, resulta increíblemente estropajosa. En cuanto a la carne de cordero, ésta es peor que la anterior. Ambas deben ser consumidas el mismo día en que el animal es sacrificado ya que no se puede guardar nada para el día siguiente debido al calor extremado. De nada sirve tomar precauciones pues la sal no conserva la carne ni siquiera una hora. En las huertas se cultivan algunas verduras de buena calidad, especialmente coles y nabos. El vino es barato y algunas veces de buena calidad. Esto es lo que comemos y nuestra situación es considerada envidiable por la gente de aquí...»(30).

Asimismo, señala que las autoridades españolas les han proporcionado listas impresas con los precios vigentes en el mercado local, las cuales considera poco útiles porque aún no se han familiarizado con el sistema monetario. Aunque las verdaderas dificultades son otras, según indica más adelante:

«... el problema reside en lo que se puede conseguir con dinero y no en el precio de los artículos. Como quiera que nuestros fondos han empezado a escasear y aún no ha habido tiempo para que recibamos cartas de crédito desde Inglaterra, pedimos ayuda al conde O'Reilly, que ha entregado cuarenta *pesos duros* o dólares a cada oficial, sin distinción de rango. Esta cantidad equivale a unas nueve libras esterlinas. Creo, sin embargo, que el dinero no va a ser necesario aquí: el inglés goza de tanta estimación en España que se puede conseguir dinero en metálico, en Cádiz, mediante pagarés que luego se harán efectivos en Londres, aunque los firmantes sean extranjeros sin crédito reconocido. Esto resulta muy sorprendente, pero me consta que ha sucedido en más de una ocasión...»(31).

Esta muestra de confianza a la que alude Croker ni debe sorprender al lector actual ni hacerle pensar en cierta ingenuidad de parte española. Las

---

(30) *Op. cit.*, págs. 97 y 98.

(31) *Op. cit.*, págs. 99 y 100.

guerras entre las monarquías británica e hispánica no eran sino simples paréntesis temporales en el marco de unas relaciones económicas, cada vez más estrechas, entre el Reino Unido y el área gaditana. Pero esto no resta sinceridad a los comentarios de nuestro capitán, que empieza a sentirse a gusto en su nueva residencia: concluye la carta afirmando que la gente se muestra muy cordial con ellos y que al salir a la calle tienen la impresión de encontrarse en una ciudad-guarnición inglesa (32).

### III. EL MUNDO ANDALUZ VISTO DESDE ARCOS DE LA FRONTERA

Los británicos van a permanecer en Arcos de primeros de setiembre a primeros de diciembre de 1780, pudiendo moverse libremente por la villa y su término hasta una legua en derredor. Durante este período Croker sólo saldrá del lugar con motivo de una breve visita turística a Jerez (33). Estos privilegios, unidos a la situación material en que se encontraban, podrían hacernos pensar que en ningún momento lamentan o echan de menos la libertad perdida; que no sienten añoranza, etc. De hecho no es así y de vez en cuando tales sentimientos salen a relucir en la correspondencia ficticia de Richard Croker (34). Pero se trata de referencias mínimas dentro de un diario cuyo cuerpo principal está dedicado a describir y comentar aquellos aspectos de la vida en Arcos que sorprenden o llaman la atención de nuestro capitán.

De la fisonomía del lugar se ocupa en la carta XII, de 23 de setiembre, aunque no señala nada de particular que no aparezca ya en la descripción que hace su coetáneo Antonio Ponz. Situada sobre una roca inaccesible por sus caras meridional y occidental, contaba Arcos por aquél entonces con unos 2.500 vecinos, dos parroquias (San Pedro y Santa María) siete conventos (cinco de frailes y dos de monjas). Rodeada de colinas y vegas frondosas, junto al río Guadalete, la villa carecía de paseo público debido a su configuración, si bien sus calles, en su mayoría pendientes, estaban limpias y bien empedradas. La falta de alameda se compensaba con las vistas espléndidas que podían disfrutarse hacia la parte de la serranía de Ronda y sierras de Tarifa (35).

(32) *Op. cit.*, pág. 100. La carta termina con un *Adiós, signior!*, saludo, sin duda, que recibiría en su deambular por Arcos.

(33) Previamente recibe un *passaporto* expedido por el corregidor y donde su nombre, anota regocijado, aparecía registrado como *Signor Don Capitano Ricardo Croqué*. Cf. *Travels through several Provinces*, pág. 155.

(34) Con cierta frecuencia se queja de que no saben nada del mundo exterior. Cf. *Travels*, págs. 108, 138 y 162.

(35) Cf. *Viaje de España*, vol. 4, págs. 629-631.

El capitán Croker menciona las vistas del macizo rondeño, añadiendo que detrás del mismo se encuentra Gibraltar. ¿Manifestación de nostalgia? No hay por qué negarlo (36). Pero su verdadero propósito consiste en destacar que en estos montes, donde reinan los lobos y las aves rapaces, ya se ha instalado el invierno: de allí procede el hielo que los habitantes de Arcos emplean para refrescar el agua que consumen. Y es que Croker no aguanta los rigores del verano andaluz.

### 1. Los efectos del clima

El calor y la sequía son temas que afloran repetidas veces en el diario de tan particular «viajero», siendo objeto de un amplio comentario en la carta que lleva fecha de 23 de septiembre; es decir, cuando ya han transcurrido tres semanas desde su llegada a Arcos. Las temperaturas elevadas le resultan difíciles de soportar y afirma convencido que el calor influye grandemente en el comportamiento de las personas. De los españoles, en primer lugar:

«En todas partes prevalece la costumbre de dormir la *siesta* o sueño de la tarde; desde las doce del mediodía hasta las cuatro de la tarde no se ve a nadie por la calle. El inglés, fiel a sus costumbres en cualquier clima, come carne y bebe vino a las tres en punto, para asombro de los españoles, los cuales afirman proverbialmente que ningún animal, salvo un inglés o un perro rabioso, se expondría al sol del mediodía» (37).

El refrán mencionado ya había sido recogido en su día por otro viajero, el teniente coronel Thomas James de la artillería real, que sirvió en Gibraltar entre 1744 y 1754 (38). Es posible que se trate de un préstamo que toma Croker, el cual, aunque no fuera perseguido por los perros, hubo de soportar caminatas de este tipo a la hora más inhóspita ya que su alojamiento se

---

(36) *Travels through several Provinces*, págs. 103 y 104. Es curioso, pero no hace ninguna referencia al asedio de Gibraltar. Quizá porque el bloqueo de la plaza no se estrecha y los bombardeos no empiezan hasta diciembre de 1780, fecha para la que los británicos ya han salido de Arcos.

(37) *Op. cit.*, págs. 104 y 105.

(38) «Tienen un refrán que dice que nadie salvo un perro o un inglés es visto por la calle durante esas cuatro horas; lo cual debe ser cierto ya que he sido seguido y ladrado de un extremo a otro de cada pueblo y ciudad». Cf. *The History of the Herculean Straits, now called the Straits of Gibraltar: including those parts of Spain and Barbary that lie contiguous thereto*. London, 1771. II, pág. 70.

encontraba casi a una milla del lugar donde se reunían para comer. La inadaptación a las costumbres locales hará más difícil soportar el calor pues, aunque nuestro capitán señala que las altas temperaturas están asociadas a ciertos tipos de reptiles e insectos que han picado a las señoras inglesas, provocándoles fiebres e inflamaciones varias, también reconoce que han cometido excesos gastronómicos. En este sentido, escribe:

«La mayoría de nosotros ha padecido indisposiciones en mayor o menor grado a causa, quizás, del agua o por haber abusado del consumo de uvas y otras frutas. Tales son las agradables consecuencias que depara el tan celebrado clima de Andalucía; tal es el bienestar que acompaña a esta tierra de vino y aceite. Bien es cierto que brilla el sol y el cielo está completamente despejado. Pero, en lo que a mí concierne, dadme la temperatura de la vieja Inglaterra con sus vapores y sus nieblas, sus frecuentes lloviznas e, incluso, lluvias persistentes» (39).

La nostalgia aflora en esta invocación del clima insular al mismo tiempo que la esperanza de un cambio drástico del tiempo ante la proximidad del otoño astronómico. Vana ilusión. Croker volverá a quejarse de los rigores del calor en carta del 16 de octubre, cuando por fin empieza a notarse un ligero descenso de las temperaturas. Y agradece esta circunstancia porque el calor de días pasados había terminado ocasionándole una fiebre intermitente, insomnio y el consiguiente desarreglo de su sistema nervioso (40).

Pero el verdadero cambio de estación se hará esperar aquel año de 1780: no llega hasta que caen las primeras lluvias ya entrado el mes de noviembre. Y debió ser un cambio bastante brusco pues Croker alude al fuerte descenso de las temperaturas nocturnas, tópico de conversación con sus anfitriones españoles, que no cesan de exclamar ¡mucho frío!, ¡mucho frío! En este sentido, nuestro capitán se siente irritado ante el escaso confort de las viviendas que frecuenta, donde la única chimenea-hogar existente se encuentra en la cocina. Y censura la costumbre nacional de calentarse mediante un brasero:

«... puede verse a toda la familia con sus cabezas próximas al *braziere* situado en medio de la habitación, ahumada y

---

(39) *Travels through several Provinces*, págs. 106 y 107.

(40) *Op. cit.*, pág. 136.



medio sofocada a causa de las emanaciones que se desprenden del carbón ardiente. Esta costumbre repugnante hace que los rostros pálidos de las mujeres adquieran un matiz oscuro. De ahí, que ni hombres ni mujeres tengan aspecto de estar sanos» (41).

Richard Croker manifiesta tener miedo a caer enfermo. Es cierto que los británicos disponían de médico propio según se ha visto, pero da la impresión de que Croker no confía en su destreza y, mucho menos, en la de sus colegas españoles. Lo segundo sale a relucir cuando, refiriéndose a las enfermedades provocadas por el calor, menciona el caso de una tal D<sup>a</sup> María de Espinosa, pariente del coronel cuya casa servía de comedor a los británicos, la cual, tras haber superado una grave dolencia, había venido a pasar una temporada con su familia:

«... se encontraba muy débil y pálida dado que había sido sangrada con mucha frecuencia. Los métodos del doctor Sangrado siguen prevaleciendo en este país con pequeñas variaciones a pesar del admirable libro de Le Sage. Los españoles están menos dispuestos que otras naciones a soportar que se rían de sus costumbres» (42).

La mención casi inevitable de la novela *Gil Blas* venía siendo frecuente en los relatos de otros viajeros extranjeros al tratar del estado de la medicina en España. En el caso de los anglosajones, ya figura en la obra del reverendo G. Clarke, de donde me temo que Croker extrae la cita (43). Mucha verdad había en estas acusaciones pues, a pesar de las críticas que prodigara el padre Feijoo, la medicina española seguirá fiel durante mucho tiempo a la doctrina galénica, que preconizaba el uso frecuente de purgantes y sangrías (44).

Por lo demás, nuestro capitán celebra el cambio de estación porque esto permite que se enriquezca la dieta alimenticia de sus compatriotas. Y al mismo tiempo se registra una reanimación de los trabajos agrícolas.

---

(41) *Op. cit.*, págs. 171 y 172.

(42) *Op. cit.*, pág. 137.

(43) El que fuera capellán de la embajada británica en Madrid escribe: «Los consejos del doctor Sangrado todavía prevalecen entre ellos a pesar de la fina sátira de que han sido objeto por Monsieur Le Sage, en sus *Gil Blas*». Cf. *Letters concerning the Spanish Nation written at Madrid during the years 1760 and 1761*. London, 1763, pág. 55.

(44) Cf. MARAÑÓN, G.: *Las ideas biológicas del P. Feijóo*. Madrid<sup>4</sup>, 1962, pág. 182-184.



## 2. Recursos naturales y agricultura

En la carta XV del diario, de 4 de noviembre, Croker indica que la mesa empieza a estar mejor surtida: ahora pueden consumir un cerdo excelente debido a la calidad de las bellotas con las que es engordado; aunque el corde-ro y la ternera de calidad continúan siendo artículos prohibidos, ahora pueden comer pavos; también han descubierto la existencia de un pájaro semejante a la avutarda y que sólo puede capturarse mediante trampas, tal y como han podido comprobar los *sportsmen* del regimiento tras días y noches de inútil acecho con sus escopetas. Abunda, asimismo, la leche a raíz de la llegada de grandes rebaños de cabras a la vecindad. Por último, han tenido ocasión de degustar la *monteco de vache* y la *monteco de porco* (45).

La llegada de los británicos a Arcos había venido a coincidir con el final del año agrícola. Quizá sea ésta la razón por la que Croker destaca la aridez de unos campos aparentemente faltos de cultivo. Pero con el cambio de estación la vida agrícola sale de su letargo y nuestro capitán no deja de fijarse en las prácticas del campesinado local. En este sentido, destaca la ligereza de los arados que emplean, tirados por bueyes o asnos; aunque el suelo es ligero y arenoso debido a la prolongada sequía, más que abrir un surco estos arados arañan la tierra. Pero le han asegurado que a pesar de ello se pueden conseguir grandes cosechas debido a la fertilidad natural del suelo. Es ahora cuando los vecinos de Arcos que disponen de propiedades acostumbran a visitar sus *cortijos*, a donde van y vienen en carretas tiradas por bueyes o mulas (46).

Richard Croker debió seguir de cerca algunos de los trabajos realizados en estos cortijos. Por eso se extraña de los intentos por arrancar del suelo cereales y otros productos tradicionales en lugar de aprovechar las posibilidades que ofrece el clima para cultivar plantas más exóticas. Recordando la calidad de unos melones que había tenido ocasión de degustar, escribe:

«Soy de la opinión de que podrían cultivarse con éxito todos los frutos tropicales en esta parte de Andalucía, ya que el grado de calor es suficiente para que maduren. La piña, el plátano y la banana, especialmente los dos últimos, debido a sus cualidades nutritivas serían una adquisición excelente para un país cuyos habitantes se contentan con poco y, al mismo tiempo, desean conseguirlo con poco esfuerzo. Hasta las largas y continuas sequías, propias de este clima, serían muy útiles para la perfección de estos

---

(45) *Travels through several Provinces*, pág. 139-142.

(46) *Op. cit.*, págs. 147 y 148.

frutos, que superarían con creces a la granada, las uvas o la cebolla como artículos de primera necesidad» (47).

Como es sabido, se había favorecido el cultivo de estos frutos en América al considerarlos una dieta barata y nutritiva para los esclavos de las plantaciones. Si Croker, cuya limitada experiencia le impide conocer las características reales del clima andaluz, lo recomienda aquí es porque está pensando en la dieta de los pobres de Arcos, que lo son porque no quieren trabajar según veremos más adelante.

Por último, nuestro capitán se interesa por las labores realizadas en los viñedos, especialmente en la forma en que se podan las cepas, la cual considera que debería ser imitada en su patria aunque no dice por qué (48).

### 3. Los andaluces y sus costumbres

Cuando volvían de su corta excursión a Jerez, Croker y sus compañeros divisan en el horizonte la villa de Medina Sidonia, la cual, según le indican los guías, había dado nombre a una de las familias más poderosas de la nobleza española. Pero lo pone en duda pues, viajando por un país que le parece desierto, estima que la riqueza verdadera sólo puede apoyarse en un número elevado de *gente útil*; en esto, asegura que la provincia de Andalucía es fuertemente deficitaria (49).

El capitán Croker se refiere a gente que desempeñe alguna actividad laboral, la cual no abunda debido a la influencia nociva del clima que estimula la indolencia u ociosidad del andaluz. Croker coincide en esto con la opinión de otros viajeros, e igual ocurre cuando afirma que esa ociosidad se ve estimulada por la facilidad con la que se consigue sobrevivir: las gentes sencillas, por no decir los mendigos, atienden sus necesidades mediante el consumo de un poco de pan, cebollas y granadas. La originalidad de nuestro capitán estriba en los argumentos que ofrece en apoyo de esa sobriedad casi consustancial al carácter andaluz. En dicho sentido escribe:

«Una prueba evidente de la sobriedad española la encontramos en el efecto que ha producido en el mercado local la presencia de un grupo comparativamente pequeño de nuestra gente. Antes de nuestra llegada apenas había carne de

---

(47) *Op. cit.*, págs. 143 y 144.

(48) *Op. cit.*, pág. 146.

(49) *Op. cit.*, pág. 161.

vacuno y el cordero sólo podía encontrarse dos o tres días a la semana, nunca en tiempo de escasez. Ahora se puede adquirir regularmente vacuno, cordero siempre y el mercado funciona todos los días, incluyendo los domingos» (50).

Curioso argumento, sin duda. Croker no tiene en cuenta para nada las razones sociales de la miseria que percibe por doquier, pues los mendigos son mencionados con frecuencia en su diario. También es cierto que nuestro capitán extrae sus argumentos de la experiencia acumulada en los medios donde se desenvuelve su vida cotidiana. La élite local organizaba reuniones vespertinas donde se comían dulces y se bebía chocolate y agua helada, pero nunca vino, la bebida preferida de los oficiales del 99th. Por cortesía a éstos, los anfitriones españolas toman la costumbre de beber un vaso de vino y solamente uno. Esto supone otra prueba irrefutable para Richard Croker; máxime, si esta conducta contrasta con la de sus compatriotas, que solían excederse hasta el punto que, en cierta ocasión, una joven damisela llamó la atención de Croker sobre el comportamiento escandaloso de otro oficial (51).

En relación con esto, y como nuevo argumento a favor de la sobriedad andaluza, cuenta Croker que los españoles eran conscientes del poco aguante de los británicos a la hora de probar los caldos de la tierra. En carta del 4 de noviembre refiere que habían recibido por recomendación una partida de vino de los comerciantes jerezanos *Da Costa y Cía*, que les parece que ha sido adulterado. Al quejarse, les responden que habían mezclado el vino porque tenían entendido que de lo contrario resultaría demasiado fuerte para los paladares ingleses (52).



Al igual que otros viajeros, el capitán Croker no permanece indiferente ante la indumentaria que exhiben las gentes de Arcos, la cual —se apresura a señalar— responde a la vieja usanza española. Los varones acostumbran a llevar capa y sombrero de ala ancha a pesar de los rigores del clima estival. Tras aludir el famoso motín de Esquilache, da a entender que las medidas del que fuera ministro de Carlos III estaban condenadas de antemano al fracaso pues las prendas citadas ya las llevan los niños a partir de los siete años de edad. También constata que algunos jóvenes con medios visten en verano una chaqueta de seda o *ropa ligera*, que completan con una *redecilla* para el cabello,

---

(50) *Op. cit.*, pág. 119.

(51) Según Croker la chica comentaría: «está fuera de sí, ha perdido sus sentidos». Cf. *Travels*, pág. 118.

(52) *Op. cit.*, pág. 145.

también de seda, y la *montero cap*. En cuando a las mujeres, todas suelen llevar el velo o *mantilla* —una pieza cuadrada de seda o paño, generalmente de color negro—, que cubre de la cabeza a la cintura, y una falda de la misma naturaleza. Estas prendas las llevan tanto en la calle como en las iglesias (53).

A causa de esto, la belleza y juventud de una mujer andaluza sólo pueden ser apreciadas por la forma abierta o cerrada de llevar la mantilla. Y añade:

«Es de suponer que las intrigas se llevan adelante con facilidad ya que todas las mujeres visten de la misma manera, sin mostrar sus rostros a no ser de forma voluntaria. Sin embargo, en las calles no se ve a ninguna mujer, sea cual fuere su condición, sin que vaya acompañada de otra de mayor edad. En cuanto a los hombres, por lo general llevan un *sable oxidado* (sic) bajo la capa. Se nos ha recomendado insistentemente que no salgamos sin armas. Pero no hemos oído hablar de ningún incidente que nos induzca a pensar que tal precaución resulte necesaria; la gente, en general, es seria y se comporta con urbanidad» (54).

¿Se puede aceptar esto al pie de la letra? Más que en Arcos parece que Croker está pensando en Sevilla, y no en la Sevilla real sino en la fabulada por Richard Brindsley Sheridan en su *The Duenna*, obra a cuya representación escénica había asistido nuestro capitán (55). De todas maneras, el comentario de Croker nos lleva a plantear una cuestión que en su diario sólo aparece registrada de forma ocasional: se trata de las relaciones entre los oficiales prisioneros y las jóvenes de Arcos. Resulta difícil aceptar que aquellos permanecieran insensibles a los atractivos de la población femenina de la localidad. Que no fue así lo demuestra algún que otro episodio aislado que saldrá a relucir en las páginas siguientes.

—oOo—

Ya hemos visto que los británicos no vivían aislados de su entorno. La casa del coronel Espinosa parece que se convirtió en centro de reuniones

---

(53) *Op. cit.*, pág. 152.

(54) No obstante, Croker asegura haber constatado que hay mucha gente en la cárcel debido a la lentitud de la justicia española: algunos pasan mucho tiempo en prisión antes de que se determine si son inocentes o culpables del delito que se les imputa. Cf. *Travels*, págs. 152 y 153.

(55) El argumento de esta ópera cómica gira en torno a damas que engañan a sus pretendientes mediante el artificio del velo, encuentros en los callejones, búsqueda de refugio en un convento, etc.

sociales bastante frecuentes. En ellas se bailaba y se jugaba a las cartas. En una de ellas, la hija de un alto personaje local baila un *fandango* en compañía de un viejo sirviente. Pero a Richard Croker no le interesa el baile en sí sino el hecho de que una joven de calidad dance con un criado. Y se apresura a afirmar que había hecho esto por cortesía hacia los británicos. A Croker le sorprende el trato aparentemente familiar que preside las relaciones entre domésticos y señores, el cual contrasta con la rigidez que caracterizaba a relaciones semejantes en el Reino Unido (56).

El capitán Croker no menciona para nada la *tertulia*. ¿No las había en Arcos? Es lo más probable, aunque algunos de los caracteres de las reuniones vespertinas a las que era invitado recuerdan las tertulias sevillanas y gaditanas de la época. Tampoco se daba en Arcos el ritual del paseo al atardecer por la alameda, ni había teatros donde el viajero pudiera contemplar a la buena sociedad local en todo su esplendor. En este sentido, Croker careció de esos puntos de referencia para juzgar las costumbres de la sociedad andaluza tan queridos y buscados por otros viajeros anglosajones. Careció de todos si exceptuamos la plaza de toros, pues debemos recordar que nuestro capitán tuvo la oportunidad de presenciar una corrida durante su breve estancia en el Puerto de Santa María. Veamos cuales fueron sus impresiones al respecto.

Los británicos llegan a la plaza cuando ya se había iniciado la fiesta y encuentran al público entusiasmado con las faenas que se desarrollan en el ruedo.

«pero, aunque ignoro si las corridas del Puerto de Santa María son menos importantes que las que se celebran en Sevilla o Madrid, o si los toros son menos fieros y los *cavaleros* menos activos y emprendedores, o si los relatos que he leído de estas famosas hazañas han sido exagerados por la pluma del viajero, lo cierto es que este combate al que asistí no colmó mis expectativas. Los toros distaban de ser formidables en su aspecto y en su forma de arremeter. Los jinetes y los peones no parecían encontrarse en ese nivel de peligro que hubiera llevado al público a preocuparse por su seguridad. En mi opinión, un robusto toro inglés hubiera podido dejar fuera de juego a esos *cavaleros*. Varios de estos animales fueron muertos en cir-

---

(56) Cf. *Travels*, págs. 111 y 112.

circunstancias que ofrecían menos interés que si hubieran sido sacrificados por el carnicero, a pesar del mayor grado de crueldad desplegado con ellos. Estas exhibiciones deben ser juzgadas como una vergüenza para los españoles, considerados como nación educada e inteligente. La verdad es que se puede decir menos en favor de ellas que del popular acoso de toros por perros, tan corriente en los condados occidentales de Inglaterra. Porque, mientras que en España asiste a estos juegos la gente de bien en Inglaterra sólo lo hace la chusma. En favor de las corridas se ha dicho que los españoles las justifican de acuerdo con los mismos principios con los que los *amateurs* defienden la práctica del boxeo en Inglaterra: como un medio para mantener el vigor y la energía, el valor entre el pueblo. No voy a discutir aquí hasta qué punto se ha conseguido esto en Inglaterra, pero, en lo que toca a España, si las corridas han respondido a ese propósito en algún momento, de ello hace mucho tiempo. En verdad, el coraje y la crueldad brutal no están tan estrechamente relacionados...» (57).

Obsérvese que nuestro capitán no describe la corrida sino que se limita a resumir los argumentos a favor y en contra de la fiesta que ya se daban entonces, sin omitir la comparación con diversiones similares todavía vigentes en Inglaterra. En líneas generales, cabe afirmar que su opinión negativa se explica tanto por la diferente percepción cultural anglosajona de las relaciones con el mundo animal como por el profundo desdén que las clases altas y medias británicas sentían hacia los espectáculos populares (58).

#### 4. La religión como hecho diferencial

La carta firmada a 16 de octubre está casi enteramente dedicada a las manifestaciones religiosas que Croker pudo contemplar en Arcos. Es aquí donde la confrontación cultural adquiere mayor importancia y donde los prejuicios del autor afloran con más fuerza. También será en este plano donde la convivencia entre españoles y británicos va a registrar mayor número de roces.

---

(57) *Op. cit.*, págs. 74-77.

(58) Hemos tratado el tema en KRAUEL, B.: *Cinco viajeras inglesas ante la «fiesta nacional»*, en «La mujer en el mundo de habla inglesa: autora y protagonista». Málaga, 1989, págs. 81-104.



Para Richard Croker y sus compañeros resultaba bastante incómodo el apego que los nativos sentían por sus ceremonias y prácticas devotas. En este sentido, nuestro capitán destaca la frecuencia con la que se tropezaban en las calles con la «procesión de la Hostia», es decir, con el Viático. Su proximidad era anunciada por el sonido de una campanilla y los transeúntes, fueran a pie o montados, se arrodillaban inmediatamente y permanecían en esta postura hasta que pasaba la comitiva. La religión católica estaba presente en todas partes. En las puertas de las casas solían verse letreros impresos con el lema *Ave María, sin peccado concebida* (sic), que era tanto una salutación al entrar en ellas como una profesión de fe. En las calles había hornacinas ante las cuales manifestaban su piedad la gente y los pordioseros. También eran frecuentes los rosarios callejeros de día y de noche, sin olvidar, claro está, las procesiones con motivo de una fiesta de importancia. En dicho sentido escribe Croker lo siguiente:

«Se ha celebrado recientemente el día de «Santa Pastora», una santa famosa en esta vecindad. Ha tenido lugar una procesión entre la casa del coronel Spinoso y la iglesia en la que se llevaba una imagen, en yeso de París y primorosamente pintada, de esta patrona de la vida rural con sus ovejas y sus cabras. Algunos de nosotros expresamos nuestro deseo de tomar parte en este *show* llevando cirios. La petición fue aceptada en principio para acabar siendo rechazada cortésmente la mañana del mismo día en que había de celebrarse esta *exhibition*» (59).

El texto muestra tanto la incompreensión del autor, que no entiende de que va la procesión, como la desconfianza española (60). Por lo demás, no sería éste el único desfile procesional que tuvo ocasión de contemplar. Croker menciona otro con fines caritativos y protagonizado por mujeres, en cuyo transcurso

«una chica realmente hermosa se acercó con su hucha a la ventana de nuestra «sala de banderas». Esto produjo el resultado que se pretendía, una contribución muy generosa» (61).

---

(59) Cf. *Travels*, págs. 131 y 132.

(60) Me imagino que Croker se está refiriendo al culto a la Divina Pastora, la cual contaba con un altar en la iglesia de San Pedro, de Arcos, según indica el *Diccionario* de Pascual Madoz.

(61) Cf. *Travels*, pág. 132. Otro episodio que muestra como los prisioneros británicos no eran insensibles a los encantos femeninos.



En definitiva, todas estas manifestaciones de piedad resultaban agobiantes para los británicos y, también sorprendentes, pues denunciaban a sus ojos el formalismo de una religión que olvidaba, sin embargo, lo que en Gran Bretaña se consideraba más importante, la guarda del descanso dominical. Escribe Croker:

«Resulta sorprendente que, a pesar de todas estas apariencias y formalidades religiosas, se preste tan poca atención a la observancia del *Sabbath*: los mercados permanecen abiertos ese día, el arado surca la tierra y no se interrumpe cualquiera de las actividades aquí existentes y consideradas como trabajo» (62).

—oOo—

De las instituciones eclesiásticas reconoce Croker que saben muy poco. Un día visitó la capilla de uno de los conventos de monjas y pudo ver a través de una celosía a mujeres muy viejas, marchándose convencido de que las más jóvenes, que debía haberlas, eran apartadas deliberadamente de la curiosidad pública. En cuanto a los conventos de frailes, se siente impresionado por lo que pudo ver en el de los franciscanos, donde les invitan a visitar los huertos y celdas, encontrando éstas miserables. Richard Croker es consciente del carácter mendicante de la orden franciscana; por eso, al constatar la pobreza en que viven los frailes no puede por menos reconocer que las limosnas que reciben las gastan realmente en asistir a los menesterosos(63).

Su opinión difiere cuando tiene oportunidad de visitar la cartuja de Jerez en el curso de su breve excursión a esta ciudad. Aunque Croker y sus compañeros son bien atendidos por los monjes, en sus comentarios afloran los típicos prejuicios protestantes hacia el clero regular; sobre todo, cuando comprueba el desahogo y opulencia en que viven los cartujos, lo cual explica al referir que éstos son los dueños de buena parte de los viñedos de la comarca (64).

En Jerez también visitaron otras iglesias y vieron sus tesoros artísticos, pero, en este sentido, Croker difiere de otros viajeros que gustaban de enumerar y describir las obras que veían. Lo único que refiere sobre el particular es que, visitando una iglesia que no identifica, se divertieron mucho contemplando ciertos cuadros. Mientras estaban en esto,

---

(62) *Op. cit.*, pág. 133.

(63) *Op. cit.*, pág. 134.

(64) *Op. cit.*, págs. 156 y 157.

«un malicioso español me indicó unas escaleras que conducían a un sótano e insistió para que bajara por ellas. Así lo hice, convencido de que iba a tener la oportunidad de ver algo extraordinario, pero no tardé en subir las a toda prisa. Las escaleras me habían llevado hasta un cementerio donde había muchos cadáveres. La mayoría de los ataúdes estaban rotos y ni la imaginación puede concebir un espectáculo tan horrible» (65).

Este episodio, que a Croker se le antoja broma de mal gusto, puede servir de introducción a un tema eludido hasta ahora. Se trata de ver cómo reaccionan los habitantes de Arcos ante la presencia de este grupo de «herejes».

Comentando la frecuencia con la que veían pasar el Viático advierte Croker que éste iba escoltado por cuatro soldados con la bayoneta calada...; una medida de precaución tomada por las autoridades al enterarse de que la villa iba a albergar a un grupo de «herejes ingleses» durante una temporada (66). Y destaca asimismo la desconfianza e irritación de los lugareños al observar que los británicos se limitaban a descubrirse cuando pasaba la «procesión de la Hostia».

La anécdota deja entrever la existencia de una cierta hostilidad soterrada, la cual podía salir a la luz en cualquier momento. Algo de esto sucede con motivo de la muerte de un viejo capitán del regimiento mientras estaban en Arcos. Al enterarse sus compañeros de que no había posibilidad de enterrarlo en suelo consagrado buscan un sitio placentero dentro de un olivar situado a una milla del pueblo. El día fijado para el sepelio se reúne allí la totalidad de la «colonia» británica para asistir al servicio que lee el cirujano del regimiento. Pero no van a estar solos, advierte Croker:

«... como quiera que éste ha sido el primer acto religioso que hemos protagonizado desde que estamos aquí, no es sorprendente que muchos españoles asistieran al mismo; la verdad es que nunca había visto a tanta gente reunida. Algunos de los espectadores, de clase baja, se mostraron dispuestos a organizar un alboroto, pero fueron inmedia-

---

(65) *Op. cit.*, pág. 158.

(66) *Op. cit.*, págs. 126 y 127.

tamente reducidos y vueltos al orden por la gente respetable allí presente...» (67).

El comportamiento de esta «gente respetable» será distinto cuando los oficiales británicos tengan que vérselas con la Inquisición. En la carta XVII del diario de Croker, fechada a 23 de noviembre, podemos leer lo siguiente:

«Recientemente ha ocurrido algo que me ha irritado mucho con España y los españoles. El martes pasado, poco después de la medianoche, me despertó un ruido en la calle seguido de unos golpes en la puerta de la casa donde residí. Al momento oí que alguien me llamaba por mi nombre. Como mi habitación está al nivel de la calle y tiene rejas con barras de hierro, le ordené a mi asistente que abriera la ventana y averiguara quién era. No tardó en volver asustado diciéndome que había varios soldados y sacerdotes en la calle y que el intérprete, que formaba parte del grupo, le había ordenado que abriera la puerta de la casa. Como no creía que este asunto estuviera relacionado conmigo en manera alguna, le dije que volviera a la cama. Sin embargo, para entonces ya habían abierto la puerta de la calle y sacerdotes, soldados y otra gente armada entraron en mi habitación sin ceremonia alguna; con ellos venían el corregidor y el intérprete. Intenté levantarme pero el corregidor me rogó que no me moviera y que permaneciera donde estaba. Al preguntarle cual era el motivo de visita tan inesperada y a hora tan inoportuna, una vez traducida mi pregunta por el intérprete me contestó que venía por orden de la Inquisición. Confieso que en ese momento me alarmé e intenté recordar si había hecho uso de palabras ligeras o había formulado algún comentario frívolo en alguna conversación, los cuales hubieran sido mal interpretados y se emplearan ahora para incriminarme. Consciente de la ignorancia y fanatismo de la gente, había pocas razones para que la situación en la que me encontraba —prisionero de guerra en libertad bajo palabra—, objeto de privilegio en otras partes, me protegiera aquí de consecuencias desagra-

---

(67) Y añade: «Observé que en esta ocasión había muchos mendigos que portaban cuencos de madera para recoger dinero *por las ánimas*, para la redención de las almas del purgatorio». Cf. *Travels*, p. 135 y 136.

dables. No obstante, tuve la suficiencia presencia de ánimo para preguntar si esta visita era particular o si otros oficiales en mi situación habían sido objeto de un trato similar. A esto me respondió el corregidor que otros oficiales habían sido ya visitados, lo cual eliminó inmediatamente mis temores y, tras haber protestado por la descortesía de este allanamiento, le pregunté qué quería de mí. Me dijo que había recibido instrucciones de la Inquisición para examinar mi equipaje. Seguidamente abrieron mis baúles y extrajeron varios libros, pero al estar escritos en inglés los inquisidores no sacaron nada de provecho. Luego, el corregidor me preguntó si era masón y, consciente de que su comportamiento conmigo no era correcto y, por mi condición de prisionero de guerra, contrario a lo establecido por las naciones, se apresuró a agregar que las órdenes inquisitoriales debían ser acatadas y que hasta el rey de España se sometía a ellas. Después de esto, el corregidor me permitió que continuara con mi descanso nocturno de la mejor manera que pude. La verdad es que no me disgustó que este asunto terminara tan bien» (68).

El citado corregidor volvería a invocar la omnipotencia del Santo Oficio cuando, a la mañana siguiente, se excusa ante la oficialidad británica que ha venido a protestar por lo sucedido y a advertirle que presentarían resistencia en caso de volver a ser provocados de esta manera. Según parece, el origen de este grave incidente estuvo en la imprudencia de algunos cadetes, los cuales habían mostrado o prestado a las jóvenes de las casas donde se alojaban ciertos libros franceses de «contenido muy indecoroso». Por lo demás, en los registros efectuados aquella noche los inquisidores encontraron varias insignias de la francmasonería que serían requisadas y exhibidas, al día siguiente, en el curso de lo que Croker denomina «procesión estúpida» (69).

Para nuestro capitán lo sucedido había sido una violación de las leyes de la hospitalidad de la que los españoles debieran sentirse avergonzados.

---

(68) *Op. cit.*, págs. 163-167.

(69) *Op. cit.*, pág. 168. Lástima que no diga de qué libros se trataba. Por esas fechas la Inquisición ejercía una fuerte censura en materia de importación de libros, especialmente por el puerto de Cádiz. Cf. SARRAILH, J.: *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, 1979, págs. 295 y ss.

Pero nunca recibirán disculpas por esto, lo cual, a su modo de ver, expresa hasta donde podía llegar el poder inquisitorial. Aunque sus anfitriones parecían afectados por estos sucesos, jamás manifestarán su desaprobación, mostrándose incómodos cada vez que los británicos hacían referencia a lo ocurrido aquella noche (70).

#### IV. EL RETORNO A LA PATRIA. VIAJE HACIA LA FRONTERA PORTUGUESA

A fines del mes de noviembre se presenta en Arcos un capitán de dragones con la noticia de que los prisioneros deben prepararse para abandonar España pues van a ser canjeados. Me pregunto si esto tuvo algo que ver con la tensión creada a raíz de la pesquisa inquisitorial. Croker no lo relaciona y ofrece, por el contrario, una explicación algo chusca: el conde O'Reilly había decidido deshacerse de los cautivos porque estos, desde que residían en Arcos, habían consumido tanta o más carne que el ejército español acampado en San Roque (71).

La noticia suscita una división de opiniones entre los oficiales británicos. Mientras que el teniente coronel jefe del regimiento no está de acuerdo en partir sin llevarse a sus soldados, los cuales permanecían confinados en Ecija y Córdoba, la mayoría de sus subordinados, Croker entre ellos, son del parecer que no merece la pena: llevan mucho tiempo sin saber de la tropa y suponen que los españoles ya deben haberlos convencido para que deserten y se alistan a su servicio (72). Una vez aceptado que tiene que marcharse, algunos de estos oficiales especulan con la posibilidad de tomar un barco neutral en Sanlúcar y que los lleve directamente a Inglaterra. Pero el conde O'Reilly, señala Croker, con esa especie de *persevereness* que había caracterizado su conducta hacia los prisioneros, ordena que sean llevados a Portugal por un itinerario largo y tortuoso (73).

Y así será, en efecto. La narración del viaje hasta la frontera portuguesa figura en las cartas XIX-XXI del diario de nuestro capitán, firmadas en Sanlúcar la Mayor (8 de diciembre), Villarrasa (10 de diciembre) y Ayamonte (13 de diciembre), respectivamente. De su lectura se deduce que

(70) Cf. *Travels*, pág. 169.

(71) *Op. cit.*, págs. 182.

(72) *Op. cit.*, págs. 174-176. Postura que ilustra acerca del concepto que tenían de sus propios soldados.

(73) *Op. cit.*, pág. 178.



salieron de Arcos un martes 5 de diciembre y que tardarían ocho días en alcanzar la desembocadura del Guadiana. El camino seguido les llevaría por Las Cabezas de San Juan, Los Palacios, Coria del Río, Sanlúcar la Mayor, Manzanilla, Villarrasa, Trigueros, Cartaya y Ayamonte(74).

Un itinerario como éste, apartado de los caminos que otros viajeros extranjeros solían frecuentar, podría haber servido de pretexto para que Richard Croker se explayara acerca de lo que veía. Pero es muy poco lo que nos proporciona en dicho sentido. Su frustración, por ejemplo, cuando cruza el Guadalquivir a la altura de Coria y constata que está cerca de Sevilla y no puede visitarla (75). O su desencanto con Ayamonte, cuya población no explota los grandes bancos de sardinas que se acercan a sus aguas debido a la funesta influencia del clima que, según él, impide la actividad pesquera(76). En cuanto al paisaje rural, Croker insiste repetidas veces acerca de la falta de cultivos y de gentes, sobre todo, entre Sanlúcar la Mayor y Manzanilla. Refiriéndose a esta etapa, señala:

«Hoy hemos pasado junto a una de esas pequeñas cruces de madera que indican el lugar donde se ha cometido un robo y un asesinato. Estas cruces son *opprobria* para la policía española y objeto de pesquisa para el viajero curioso. Se las ha mencionado frecuentemente como ejemplo de los peligros que entraña viajar por este país. Pero, como estas cruces son renovadas y mantenidas perpetuamente por los campesinos de la vecindad, a menudo el suceso que las motivaron ocurrió hace tanto tiempo que su memoria ya se ha perdido» (77).

En una obra de esta naturaleza no podía faltar la referencia casi inevitable a los bandoleros, si bien en este caso, admitámoslo, Croker se muestra bastante objetivo en relación a lo escrito por otros viajeros anglosajones. Quizá porque el viaje que protagonizó no necesitaba de salteadores de caminos para ser rico en incidentes. De hecho, si nuestro capitán no se preocupa por describir lo que ve por el camino es porque está más atento a esos incidentes.

---

(74) Croker desfigura la mayoría de los topónimos. Así, *Cevizes* por Cabezas; *Pallacio* por Los Palacios; *Triguera* por Trigueros y *Carteia* por Cartaya.

(75) Acaso por este motivo afirma que Coria, a una mañana de caballo de Sevilla, sería un lugar ideal para residir de cualquier caballero con renta escasa y que desee independencia. Cf. *Travels*, pág. 195 y 196.

(76) *Op. cit.*, pág. 220.

(77) *Op. cit.*, págs. 206 y 207.

El gobernador O'Reilly había dispuesto que los prisioneros viajaran en dos grupos separados y a Croker le toca en suerte marchar con el primero. Salen de Arcos la mañana del 5 de diciembre y en compañía del alférez Malony, un sargento y tres dragones, a los que cumple la tarea de buscarles alojamiento al término de cada jornada. Cuenta nuestro capitán que

«una procesión más extraña jamás le habría pasado a Cervantes por la mente. Imaginad entre treinta y cuarenta oficiales británicos, vestidos con el uniforme del regimiento y armados con espadas, y a una veintena de sirvientes, montados todos ellos en burros de apariencia algo mejor y cualidades en absoluto superiores a los que de su especie pueden verse en Inglaterra. Para que el grupo resultara todavía más extraordinario, se vio agraciado con la presencia de una dama que cabalgaba en un hermoso caballo español, vestida con el traje inglés de equitación. Ella se convertirá en la *dux femina* de la expedición» (78).

Se trataba de un cortejo realmente estrafalario. Y más debió parecerlo durante esta primera jornada del viaje, cuando la testarudez de algunos de los jumentos hizo que no pocos oficiales optaran por marchar a pie. Más adelante, la lentitud de la marcha y la imprecisión con la que los guías medían las distancias, harán que algunos de los oficiales se exasperen y protagonicen otras «escapadas» (79). Sin embargo, lo peor sucedía cuando llegaban al lugar elegido para pernoctar. Un grupo de estas características no podía pasar desapercibido como es fácil imaginar y, en ocasiones, la acogida que les dispensaba terminaba en un auténtico tumulto. Cuando Croker refiere su paso por Sanlúcar la Mayor, tras destacar las grandes dimensiones del lugar, añade:

«Siento decirlo, pero no puedo dar fe de la urbanidad de sus habitantes, porque, estando congregados en la calle, a la esperar de conocer cuáles eran nuestros alojamientos, algunos de aquellos consideraron oportuno divertirse arrojándonos piedras. No obstante, la oportuna exhibición de una pistola les indujo a recuperar sus buenos modales...» (80).

---

(78) *Op. cit.*, págs. 186 y 187.

(79) Señala que los españoles distinguen entre *legua larga* y *legua corta*, no quedando claro a qué distancia corresponde cada una. Cf. *Travels*, pág. 192. De esta vaguedad se queja indirectamente el propio Antonio Ponz. Cf. *Viaje de España*, vol. 4, pág. 629. En cuanto a las «escapadas», Croker confiesa que llegaron a Trigueros muchos antes que los equipajes y después de haberse perdido por el camino (*op. cit.*, págs. 213 y 214).

(80) *Op. cit.*, pág. 202.

Pero no terminan aquí los problemas. La dama que los acompañaba solía despertar una gran curiosidad allá por donde pasaban y Sanlúcar no va ser una excepción. Muchos vecinos se juntan ante la casa donde aquella había de pasar la noche y los más osados terminan por entrar en ella. Según parece, algunos oficiales jóvenes quisieron echarlos a empujones y uno de ellos acabaría siendo agredido con una navaja... La calma se establece una vez que intervienen las autoridades locales (81).

La cuestión del alojamiento está asociada a otros incidentes que sólo afectan al capitán Croker. En Los Palacios, tuvo que buscar por sí mismo la casa que le habían adjudicado. Acompañado de su asistente, que cargaba con el equipaje,

«Mostramos el papel (con la dirección) a varios viandantes, pero estos meneaban la cabeza diciendo *no entendí*, es decir, «no comprendo». De algo puede Ud estar seguro y es de que un español, al ser preguntado, si puede dirá que no comprende para ahorrarse así la molestia de tener que contestar. Continuamos adelante hasta divisar a un muchacho que se encontraba ante la puerta de una iglesia y con aspecto de pertenecer a ella. Por eso, supusimos que sabría leer y nos dirigimos a su encuentro, pero el rapaz se apresuró a entrar en el templo, a donde le seguimos. Al darse la vuelta y vernos en el interior de la iglesia empezó a dar grandes gritos de *!no christiano!*, *jno christiano!*, queriendo decir así que no éramos creyentes y que estábamos profanando un lugar sagrado. Llegados a este punto, me sentí lo suficientemente irritado como para haberle golpeado de buena gana, pero como ese no era el procedimiento más adecuado para encontrar nuestro alojamiento, lo dejamos estar y salimos a la calle, donde, no sin cierta dificultad, conseguimos finalmente que nos condujeran a la dirección deseada» (82).

Por el contrario, en Coria le resultará más fácil porque, según nos cuenta, la población local estaba familiarizada con los ingleses debido a que allí solían hacer escala —en tiempo de paz, se entiende— los barcos que remontaban el río hasta Sevilla para cargar cítricos(83). En otras etapas del

---

(81) *Op. cit.*, págs. 203 y 204.

(82) *Op. cit.*, págs. 193 y 194.

(83) *Op. cit.*, pág. 198.

camino su experiencia difiere según el caso; en Manzanilla, por ejemplo, Croker pudo gozar de la hospitalidad del hidalgo don Hipólito, pero el capitán M. se encontró solo y abandonado en la casa que le habían adjudicado porque su propietario, un viejo hidalgo, se había marchado con su hija a un cortijo tras negarse a recibir a ingleses herejes (84).

Richard Croker insiste tanto en este tema porque estuvo siempre obsesionado por su propia comodidad, aunque tuviera que conseguirla a costa de sus compañeros de viaje. En Coria, mientras esperaban el reparto de las tarjetas de alojamiento, vio una en manos del sargento encargado de distribuir las en la que se leía *Señor Don*, seguido de un nombre muy largo. Inmediatamente decide sobornar al militar español ofreciéndole un *peso duro* a cambio de la mencionada tarjeta. Pero su sorpresa no tiene límites, cuando una vez llegado a la casa deseada, comprueba que allí vive el barbero del lugar (85). En Manzanilla vuelve a repetir la operación, correspondiéndole ahora la vivienda del ya citado hidalgo don Hipólito, que también le decepciona por su falta de comodidades. Así pues, no es extraño que llegue a la siguiente conclusión:

«En verdad, hay motivos para pensar que la *gentry* de este país no es precisamente rica. Y afirmo esto porque, si bien hemos visto frecuentemente, en los lugares por donde pasábamos, la fachada blanca de la casa de un hidalgo tapada con las letras de su larguísimo nombre, precedido del *Señor Don*, cuando se entra en su interior, ni el estado del edificio, ni la calidad de los muebles o la forma de vivir confirman la opulencia de su propietario» (86).

### Comentarios finales

El capitán Croker cierra el diario de sus andanzas andaluzas en Ayamonte, la noche del 13 de diciembre, manifestando que le encanta la idea de volver a ser dueño de sí mismo (87). Al día siguiente, los británicos cruzan

(84) *Op. cit.*, pág. 210.

(85) *Op. cit.*, pág. 197. Y aclara a su ficticio corresponsal que los barberos españoles gozan de gran consideración, para así explicar su equívoco.

(86) *Op. cit.*, pág. 211.

(87) Añade que se habían despedido en los mejores términos del sufrido alférez Malony, no sin antes realizar una colecta de pesos duros para compensarle por los gastos extraordinarios que había tenido que asumir por el camino. Cf. *Travels*, pág. 221.

el río Guadiana y emprenden viaje hacia Lisboa, donde han de embarcarse para Gran Bretaña.

Aunque no interesa aquí el relato de sus experiencias en tierras de Portugal, creo que sí merece la pena tener en cuenta la serie de reflexiones generales sobre Andalucía que Croker inserta en su narración, al terminar, precisamente, su viaje andaluz. Tienen toda la pinta de tratarse de una *addenda* introducida posteriormente, cuando nuestro capitán preparaba la edición de su obra; quizá porque pretendía que ésta pudiera competir con otros relatos de viajeros británicos por España: con los libros de Twiss, Swinburne y Townsend, por citar los más conocidos en su momento. Conviene reseñar estos comentarios porque completan o ratifican cierta imagen de Andalucía y lo andaluz que, según se ha visto, se apoyaba en una experiencia bastante limitada (88).

Siguiendo la pauta marcada por el reverendo Joseph Townsend, se toma la libertad de aconsejar a su anónimo corresponsal acerca de cómo debe viajar por España. En este sentido, le recomienda que no ponga el pie en territorio peninsular antes del mes de octubre. De esta manera, evitará tanto el calor estival como el riesgo de contraer alguna enfermedad y no gozar de la debida atención médica, sin olvidar que a partir de esas fechas podrá encontrar una mayor variedad de provisiones. En lo que toca a la forma de viajar, le aconseja que vaya provisto de una cuja de fabricación inglesa, un sirviente y una mula para el equipaje. Y le insiste mucho para que no se desplace apresuradamente: la única ventaja de la precipitación en este país es la de encontrarse hambriento al término de cada etapa del viaje (89).

Más adelante añade Croker que, estando a punto de abandonar el territorio español y consciente de que no volverá a pisarlo, se considera moralmente obligado a tratar del carácter de los andaluces y agradecer así la hospitalidad que éstos le han dispensado. En dicho sentido, escribe:

«Sé muy bien que los viajeros suelen considerar a la gente de esta provincia como una raza de seres indolentes y capaces de morir de hambre antes que trabajar. Puede que así sea, aunque esta faceta no es exclusiva de los andaluces pues se da en todos aquellos que habitan en climas cálidos. Véase si no, al descendiente del inglés laborioso

---

(88) Esta digresión abarca las páginas 222-238 de la obra.

(89) Cf. *Travels*, págs. 222-226.



establecido en Madrás o Jamaica; o al descendiente del todavía más industrioso holandés, que vive en Batavia o Surinam. Que me diga alguien que son más propensos al trabajo que el español de Andalucía. El señor Baretti defiende a este último con el argumento de que no se puede considerar ocioso a alguien que no tiene nada que hacer, siendo esto culpa de sus gobernantes, que no le proveen de medios de trabajo. También opina que nadie sensato está dispuesto a trabajar si puede sobrevivir sin hacerlo, circunstancia que se da en el caso del español gracias a sus costumbres frugales; a que sus necesidades son escasas y pueden ser atendidas fácilmente gracias a la abundancia y variedad de frutos y plantas comestibles que existen en el país. Pero el andaluz no tiene opción en lo que se refiere al empleo. Cuando las uvas y aceitunas han sido recogidas y prensadas, cuando el suelo ha sido labrado y la cosecha recolectada, se acaba el trabajo del año. No llueve desde febrero hasta octubre, y a veces hasta más tarde. Durante esta estación el campo se encuentra expuesto a los rayos de un sol ardiente y el suelo se calienta y agrieta como en el desierto africano. Los hatos y rebaños se trasladan a lugares más acogedores y en una jornada de viaje no se encuentra una gota de agua y una brizna de hierba salvo en las *huertas* o suelos ajardinados, en los que se practica el riego. La verdad es que supone una falta de conocimiento o experiencia hablar de las ventajas del trabajo y de la industria en semejante país.

El campesino y su familia han de ser mantenidos mientras la naturaleza impide trabajar. Las rentas del clero y la benevolencia de esa parte de la sociedad, que disponen de propiedades, proporcionan fondos a este propósito. Considerables extensiones de terreno se encuentran en manos de los conventos y del clero secular, y sus rentas se consagran generalmente al mantenimiento de los pobres. Sin estos recursos, el país estaría despoblado.

Se ha dicho que la caridad practicada por el clero es la causa principal de que haya tantos desempleados y que, sin este socorro, los pobres se verían forzados a trabajar. Los hechos que he podido constatar demuestran que el problema está en el clima y no en la gente. Por eso, si se lleva a cabo el proyecto de emplear las propiedades del clero en propósitos

más útiles, es evidente que habrá que ayudar a la gente, no con trabajo, sino a que no se muera de hambre» (90).

El capitán Croker se nos presenta como un partidario acérrimo del determinismo climático a la hora de juzgar el carácter de una nación. Contrasta esto con la opinión ampliamente difundida a partir de David Hume que, en su *Of National Characters* (1748), aun teniendo en cuenta las *causas físicas* considera que eran las llamadas *causas morales* las que juegan el papel decisivo a la hora de conformar el carácter de un pueblo determinado (91). La tesis del filósofo escocés formará parte del bagaje intelectual de muchos viajeros británicos de la época, los cuales, al intentar describir el supuesto carácter español hacían hincapié en el estado político de la nación, en el despotismo gubernamental y la falta de libertades. Baretti era uno de estos viajeros, y también Townsend, al que posiblemente alude Richard Croker cuando niega que los proyectos desarmadores puedan traer algo positivo.

Siguen unas observaciones acerca de las mujeres en las que Croker vuelve a manifestar su desacuerdo con lo que afirman otros viajeros. Señala que ha leído en varios libros que las mujeres andaluzas son las mayores hipócritas de la tierra, pero, en virtud de su experiencia, rechaza tajantemente esta opinión. Y recordando sus días de cautiverio en Arcos, afirma que las costumbres de las andaluzas son tan modestas que no toleran que las toques con la mano:

«Y como no siempre era fácil inducir a un inglés para que se mantuviera dentro de ciertos límites, a menudo fuimos objeto de cálido reproche: *Háblame, pero no me toques*» (92).

La hipocresía de la andaluzas era un tópico que salía a relucir cuando los viajeros anglosajones se enfrentaban a la necesidad de explicar la conocida costumbre del *cortejo*, que nunca terminaron de entender (93). No es éste el caso al que se refiere nuestro capitán.

Por lo demás, Croker sí está de acuerdo en la opinión general de que el excesivo formalismo religioso de los andaluces, de los españoles en general,

---

(90) *Op. cit.*, págs. 229-233. El señor Baretti a que se refiere no es otro que el autor de *A Journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France*. London<sup>2</sup>, 1770. 2 vols. Existe una reimpression moderna: London, Centaur Press, 1970.

(91) Tratamos esto en KRAUEL, B.: *Viajeros británicos en Andalucía*, págs. 313 y 314.

(92) Cf. *Travels*, pág. 234.

(93) Véase *Viajeros británicos en Andalucía*, págs. 327-335.

se debía a la influencia de la Inquisición; en cierto modo, él había sido una de sus víctimas. Pero, no contento con esto, añade que si los andaluces muestran tanto apego a las ceremonias religiosas e invierten tanto tiempo en ellas es porque no tienen otra cosa que hacer; porque, debido al fatalismo climático, se encuentran desocupados durante buena parte del año(94).

Blanca KRAUEL HEREDIA

ALONSO MARÍA DE...  
UN SEVILLANO DEL SIGLO XVIII

Cuando Justino...  
el teatro el nombre del abogado sevillano Alonso...  
que tardaron de la edición...  
Sevilla con...  
Sevilla...

En efecto, a pesar de haber intentado sin lograr conseguir los derechos...  
su otro jurídica...  
un la temura...  
realidad hasta la...  
de Cádiz...  
de abril de 1811...  
en 1776...  
de Acevedo...  
ción y de una polémica pública...  
como el preludio de la división política y social de las dos Españas.

Alonso Diego María Nicolás de...  
13 de diciembre de 1776...  
y

...  
...  
(94) Cf. *Travels*, págs. 235 y 236.